

el poder de Felipe II, y desconfiaba, por otra parte, de la conversión del rey de Francia, teniendo, como tenía, necesidad de sostener el prestigio de la autoridad pontificia. Las victorias de Enrique y el temor de un cisma en Francia le decidieron á ello; pero hay que añadir que los intereses temporales tuvieron tanta parte como los intereses religiosos. Clemente VIII no era un pontífice á la manera de Pío V ó de Gregorio XII: tenía su ambición de príncipe italiano, y Enrique VI la lisonjeó ofreciéndole su apoyo para la conquista de Ferrara. La política no dominaba precisamente la religión en el ánimo de Clemente; pero escuchaba con gusto y daba satisfacción á sus exigencias. Á su advenimiento al trono, Enrique IV era aliado de todos los Estados protestantes; después de su conversión, el papa le propuso renunciar la alianza con la Inglaterra y con los Países-Bajos y entrar en una liga católica contra Isabel. No fué difícil al cardenal d'Ossat hacerle comprender lo que había de imposible en tales proyectos: "Enrique IV, le dijo, ha repudiado los errores de los protestantes, pero no puede variar la naturaleza de las cosas; el reino de Francia no se ha apartado, por la conversión de Enrique, de la Inglaterra, de la Holanda y de otros países; por eso los tratados, los asuntos y la necesidad mutua que los príncipes vecinos tienen unos de otros, en cuanto á lo temporal, en nada han variado, de forma que el rey pueda hacerles la guerra y servir al rey de España contra ellos. Hay más: la alianza de Enrique IV con los protestantes es un bien para la cristiandad y para el mismo papa, puesto que, arruinada la corona de Francia, al rey de España le sería fácil triunfar de los demás príncipes, y subyugándolos á todos, incluso la santa sede, realizar la monarquía á que aspira hace tanto tiempo," (1). Hé ahí el lenguaje que un cardenal tenía con el papa á fines del siglo XVI; era la política invadiendo la religión. Los papas habían querido someter por la fuerza á los protestantes; y comprendiendo que la fuerza se volvía contra ellos, poniéndolos á merced del vencedor, preferían, aunque sin atreverse á confesarlo, una cristiandad dividida por el cisma á la unidad católica en manos de un protector de la santa sede, que hubiera llegado á ser el amo. Ese fué el fin de la unidad de la Edad Media.

(1) D'OSSAT, *Cartas*, t. I, p. 61 y 294.

§ V.—La ambición de España y sus resultados.

I.

Un Italiano, hombre de genio, que se consumió durante veintiseis años en una cárcel española, escribió un libro en el cual reclamaba la monarquía universal á favor de España (1). Habiéndolo dedicado al rey de España, hay que creer que el autor expresaba los deseos de la ambición española; y, en efecto, la obra de Campanella es la teoría de los hechos que acabamos de referir; es una mezcla de catolicismo y de política, así como la *Monarquía de España*, cuyo título lleva el libro. Más arriba hemos dicho que Campanella no reconocía más que un solo verdadero jefe de la cristiandad; y esa teoría la sostiene en su libro: "Entre los cristianos, dice, no puede haber más monarquía que la del papa," (2). La doctrina del fraile italiano está sacada de las entrañas del catolicismo. Llamándose católicos los reyes de España, debían reverenciar á los papas como vicarios de Aquel que fué á un tiempo rey y sacerdote. ¿Cuál es en aquel orden de ideas el papel de un monarca universal? "Para ser rey del mundo, responde Campanella, hay que fundar una religión nueva, como Mahoma, ó aceptar la religión católica y hacerse su defensor, como Carlo-Magno. Este es el papel de los reyes de España, los cuales serán reyes católicos por excelencia, es decir, reyes universales, á condición de ser los defensores de la santa sede, los campeones de la Iglesia contra los herejes y los infieles," (3). Tal es, en efecto, la misión histórica de la raza española, que ha pasado su vida combatiendo infieles. Hé ahí por qué el soberano pontífice ha dado á sus reyes el título de católicos, efecto de una inspiración divina que marca maravillosamente la misión de la España y la grandeza á que la llaman sus destinos (4). Como se ve, la teoría del soñador solitario no es más que la expresión del cristianismo tradicional; la unidad católica en la Edad Media descansaba en esas mismas ideas y giraba sobre las

(1) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica* (Amsterdam, 1641).

(2) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 5, p. 28.

(3) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 5, p. 29, 32, 34.

(4) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 2 y 5: «Declaratio tituli *catholici*, sive *universalis* demonstrat Spiritum sanctum per ecclesiasticos loquentem idem voluisse.»

dos ruedas, el papa y el emperador. Campanella no hace más que reemplazar el emperador con el rey de España. Y tal fué en realidad la revolución que produjo la Reforma en el orden político. El imperio de Alemania no era ya santo y romano más que en el nombre, desde el día en que el emperador fué elegido por príncipes herejes. Si Felipe II no heredó el nombre de emperador, heredó la esencia de la dignidad imperial; y puesto que era el defensor de la Iglesia, á él correspondía en tal concepto el gobierno temporal de la cristiandad. Entre tanto, el rey de España tenía contra sí, no solamente un emperador, sino muchos reyes que no se avenían á reconocer su pretendida superioridad sobre el mundo cristiano. Quedando reducida la monarquía universal á una pretensión, ¿cómo llegaría á realizarse?

Campanella estaba profundamente convencido del poder de la religión, la cual posee las almas, dice, aun cuando sea falsa (1). Hé ahí por qué todos aquellos que han fundado grandes imperios se han servido de la religión como de un instrumento (2). Otro tanto hará el rey de España. De aquí se ve que el catolicismo de Campanella era grandemente político, en lo cual es también el verdadero representante de Carlos V y de su Casa. El rey de España, dice Campanella, velará porque los papas sean españoles; y la razón que alega es característica: "Después que la pitonisa de Delfos fué ganada por el rey de Macedonia y filipizó, le fué fácil á Filipo apoderarse de toda la Grecia," (3). El rey de España obtendrá fácilmente la corona imperial con el apoyo del papa. El fraile dominico se hacía ilusión en cuanto á la facilidad de la empresa. Se reemplazarán, dice, los electores protestantes con príncipes católicos. Pero ¿cómo esperar éxito sobre un punto en que había fracasado Carlos V? El papa habría debido disponer de todas las fuerzas del mundo católico (4). ¡Ya! Pero los príncipes católicos se cuidaban de todo menos de combatir por el engrandecimiento de España. Las pretensiones á la monarquía universal eran una especie de círculo vicioso; para llegar á ser jefe de la

cristiandad se necesitaba tener ya en su mano la cristiandad.

Campanella no veía imposibilidad en que España se apoderara de Francia y de Inglaterra. Ya tuvo Carlos V á su disposición el reino de Francia, dice el dominico, puesto que tuvo á Francisco I en su poder: ¿por qué no se aprovechó de la ocasión para invadir sus Estados? Campanella le hace cargos por su intempestiva clemencia, mientras que la historia le acusa de haber empleado demasiada aspereza en los medios de saciar su ambición (1). La ocasión podría volverse á presentar en el caso que Enrique IV muriese sin descendientes. Y si se frustrasen todos los proyectos de conquista, el rey de España debería, por lo menos, dividir á la Francia para debilitarla. Campanella confiesa que Inglaterra es un gran obstáculo para la monarquía universal, y teme más su poder marítimo que á las fuerzas militares de Francia: si el rey de España, dice, pudiera subyugar á Inglaterra, llegaría á ser dueño del mundo (2). Y acordándose del desastre de la armada *invencible*, el fraile no aconseja emplear la fuerza, sino alimentar la discordia entre los Ingleses, sublevar á los católicos contra el gobierno y armar á la Irlanda (3). Campanella da tanta importancia á la conquista de los Países-Bajos como á la de Inglaterra: dueño de las provincias belgas, el rey de España lo será fácilmente de Francia y de Inglaterra; no sin razón gastó Felipe II tanta sangre y dinero para extirpar allí la herejía, pero empleó malos medios para dominar la rebelión. Campanella pretendía conocer otros mejores que se reservaba manifestar al rey solamente; los que hizo públicos no merecen ser mencionados por su singularidad: sembrar la división. Y después invadir las provincias debilitadas, es un medio vanal y gastado; pero el fraile dominico tiene otro más original, el de aprovecharse de la predilección que mostraban las mujeres belgas, según él, por los hombres enjutos y ardientes del Mediodía (4). Campanella dirigía sus miradas sobre el mundo entero desde el fondo de su estrecha prisión. Á fines del siglo XVI era Polonia el reino más poderoso del

(1) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 5: «Omnis religio tam falsa quam vera vincit, ubi semel insedit hominum animos.»

(2) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 5.

(3) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 6, p. 36.

(4) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 5, página 34 y siguientes.

(1) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 16, p. 107; c. 24, página 191.

(2) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 24, p. 198.

(3) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 25.

(4) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 27, p. 213, 228, 229, 239.

Norte, y el dominico aconseja ligarle á los intereses de la Casa de Austria, aprovechándose de la eleccion para elevar á aquel trono uno de los príncipes de la misma Casa; quiere tambien que la España se una á la Rusia con los vínculos de un matrimonio, viendo ya en los Rusos el más fuerte baluarte contra los Turcos (1). La Turquía, en tiempo de Campanella, era otro rival para los que aspiraban á la monarquía universal; pero, cosa notable y que prueba la perspicacia del filósofo italiano, aquella rivalidad no le asustaba; y era tal vez el único que no tenía miedo á los Turcos: su imperio se disolverá, decía, por efecto de sus divisiones intestinas (2). Campanella abarcó hasta el nuevo mundo en sus especulaciones; y los maravillosos descubrimientos hechos á la sombra de la bandera española eran, á sus ojos, una señal evidente de los designios de la Providencia. ¿Á quién debía pertenecer el imperio del mundo sino al pueblo que mostraba mayor ardor por conocer la obra de Dios? (3).

II.

En todas las tentativas de monarquía universal hay un vicio oculto que estorba á los pretendidos señores del mundo realizar sus soberbios proyectos y que engendra fatalmente la disolucion de sus delezables imperios; ese vicio es la flaqueza del hombre frente á la inmensidad de la obra que quiere ejecutar: es el desconocimiento de los designios de Dios en la creacion. La monarquía universal no sólo es imposible, sino que entraña un principio de decadencia para los pueblos que intentan realizarla en su beneficio: obra superior á sus fuerzas, las gasta hasta tal punto que su decadencia va siempre en pos de su grandeza ficticia. Tal sucedió á la España. Campanella escribió la teoría de aquel imperio universal al principio del siglo XVII, y en el mismo libro en que soñaba para España la monarquía universal reveló ya la irremediable decadencia de aquel reino. Exacciones del fisco y despoblacion habían sido los tristes resultados de la dominacion romana: esos mismos fueron los frutos de la monarquía española.

(1) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 26.

(2) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 30.

(3) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 32, p. 292: «Deus ipse Hispanis mundum possidendum dedit, quia ferventiori desiderio hujus cognoscendi tenentur.»

El descenso y casi agotamiento de las rentas remontaba hasta Carlos V, á quien faltó ya dinero para pagar sus tropas desde el principio de la lucha con Francisco I (1). En 1530, la gobernadora de los Países-Bajos escribe al emperador que el producto de las rentas había bajado hasta el último extremo, y que no exageraba nada al asegurar que en 1531, el señor de ambos mundos se vería obligado á suspender su viaje á Alemania por falta de recursos (2). En 1536, el consejo de Castilla fué de opinion que se hiciese la paz con Francia á causa del estado ruinoso del país (3). Despues de la defeccion de Mauricio de Sajonia, el emperador de Alemania no encontraba ya que empeñar, faltándole recursos hasta para sus necesidades ordinarias; su hijo no podía salir de Lóndres, porque no tenía con qué pagar sus deudas, y el mismo emperador retrasó su regreso á España al tiempo de su abdicacion porque no tenía dinero (4). En 1557, el cardenal Granvela escribe á Felipe que las rentas se hallaban en tal estado, que el pensar en ello le sobrecogía (5). Vencedor en San Quintin, el rey de España confesó en sus cartas íntimas que el continuar la guerra le era absolutamente imposible. Y, en efecto, el duque de Saboya escribía: «No tenemos un solo real de que disponer, y se debe más de un millon de escudos á las tropas alemanas.» Cuando Felipe quiso licenciar á sus soldados, le faltó dinero para pagarlos, y exhaló un lamento de verdadera angustia en un billete dirigido á Granvela; el cardenal le dijo que, en caso extremo, se buscaría el dinero en las entrañas de la tierra (6). Y la penuria no era menos en España que en los Países-Bajos: «Se deben á las tropas más de dos años de sueldo, escribe Felipe II, y los gastos mismos de la casa real no están pagados.» Cuando envió su presupuesto á Granvela, resultaba que para enjugar diez millones de gastos no contaba más que con un millon de ingresos; los nueve millones

(1) En 1525, De Lannoy escribe al emperador «que el saldo á favor de las tropas es tan enorme, que se hará muy bien en licenciarlas» (LANZ, *Correspondenz des Kaisers Karl*, t. I, p. 160). En 1529, el virey de Nápoles pide dinero á voz en grito, diciendo que si no se le envía, se le sublevarán las tropas, y eso que sólo había en Italia 1.200 Españoles y 900 Alemanes (LANZ, t. I, páginas 359, 368).

(2) LANZ, *Correspondenz des Kaisers Karl*, t. I, p. 383, 622.

(3) LANZ, *Correspondenz des Kaisers Karl*, t. II, p. 265.

(4) LANZ, *Correspondenz des Kaisers Karl*, t. III, p. 190, 108.—GACHARD, *Abdicacion de Carlos V*, Introduccion.

(5) GRANVELA, *Documentos de Estado*, tomo V, páginas 454, 458, 606, 607.

de déficit, decía, habrá que buscarlos por las nubes. A lo cual le respondía el cardenal que en los Países-Bajos se veía muchas veces en apuros para encontrar diez ducados (1). Cuando se leen las cartas del rey y de su ministro se figura uno estar leyendo la correspondencia de dos mendigos. Granvela escribía en 1563 que la gobernadora de los Países-Bajos no tenía un maravedí para hacer frente á sus gastos, y Felipe le contestaba que él no tenía un real para saldar los de su casa (2). ¿Se creerá que, para salir de apuros, llegó á pensarse riamente el dueño del Perú en fabricar moneda falsa? Pues es el confesor del rey católico el que sirvió de intermediario entre éste y el honrado industrial que había encontrado el medio de hacer oro con el mercurio (3). Parece que el oficio de monedero falso no fué muy lucrativo que digamos, porque el rey de España tuvo que hacer dos vergonzosas bancarrotas (4). Robar á sus acreedores es un mal medio de encontrar crédito; y como los banqueros se negasen á prestar al rey de España, se tuvo que recurrir á un expediente digno de un país de frailes: se encargaron éstos de mendigar de puerta en puerta para socorrer al señor de ambos mundos (5).

Tal miseria en un reino que tenía poblaciones industriales y comerciales acusa una profunda decadencia, la cual se manifestaba con el signo más irrecusable, la despoblacion. «No hay matrimonios ni se procrean hijos, dice Campanella, porque se carece de medios para mantenerlos y educarlos.» (6). España se asemejaba á la Turquía: tal ciudad, que en el siglo XVI contaba 5,000 habitantes, no tenía más que 600 en el siglo XVII. En el año 1600 se contaban en el obispado de Salamanca 8.384 labradores propietarios, y en 1613 se había reducido aquel número á 4.135. Se viajaba por los países más fértiles de la tierra sin verse más que espinas y matorrales, faltando ya los brazos para la cultura. «Las casas se arruinan, dice el consejo de Castilla, y no se las levanta; emigran los habitantes, las aldeas están desiertas, las iglesias vacías. Si

(1) GRANVELA, *Documentos de Estado*, t. VI, p. 11, 165, 181.

(2) GRANVELA, *Documentos de Estado*, t. VII, p. 53, 83.

(3) GACHARD, *Relaciones de los embajadores venecianos con Carlos V y Felipe II*, p. 112, 307.—ALBERI, *Relazioni*, I, 3, páginas 367, 397.

(4) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. I, p. 421.—POIRSON, *Historia de Enrique IV*, t. I, p. 303.

(5) SCHÖLL, *Hist. general*, t. XVIII, p. 25.

(6) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 16, p. 114.

esto continúa, la nacion se habrá extinguido ántes de un siglo.» (1). En 1619 pidió Felipe III al consejo de Castilla remedio para la despoblacion, que comenzaba á hacer del reino un desierto. El consejo atribuyó el mal á los impuestos excesivos que fomentaban la emigracion; propuso limitar el número de conventos y de religiosos, diciendo que los monasterios no estaban poblados por la devocion, sino por la miseria, y que se hacían frailes por tener con qué vivir (2).

El dictámen del consejo de Castilla revela las causas del mal que iba minando á la España; era el resultado natural de su alianza con el catolicismo y de su ambicion de conquistas; era una monarquía á la vez militar y religiosa, y las guerras incesantes sostenidas durante muchas generaciones en Europa y en América extenuaron la nacion; los que no sucumbían en el campo de batalla no traían á su patria más que el estéril orgullo de hidalgos; ¿cómo habían de descender á un trabajo agrícola ó industrial los señores del mundo? La reaccion católica no fué ménos funesta al acrecentamiento de la poblacion; los grandes de España hacían consistir su gloria en edificar conventos en sus vastos dominios, lo cual era favorecer la despoblacion casi con deliberado propósito (4). Bien pronto no hubo en España más que frailes, monjas y mendigos; y el fanatismo, que era en gran parte la causa del mal, impedía tambien su remedio. Faltaban brazos para la agricultura y faltaba poblacion que quisiera dedicarse al comercio y á la industria. Por un favor de la Providencia aún quedaban en España razas extranjeras, dotadas precisamente del genio y aptitud que faltaban á los Españoles; pero eran judíos y mahometanos, y la estúpida intolerancia de los celosos católicos no descansó hasta que fué arrojado de España el último moro. ¿Cómo reemplazar á aquellos miles de trabajadores? Se pensó en hacer un llamamiento á la emigracion extranjera; pero ¡Dios nos asista! dijo el consejo de Castilla: «Si se pudiera prohibir toda relacion y todo comercio con las demas naciones sería un gran bien, porque todas están infestadas del veneno de la herejía.» (4).

(1) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. I, p. 460.

(2) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, t. IX, p. 736 y siguientes.

(3) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. I, páginas 548, 459.

(4) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, t. IX, p. 746.

Las monarquías universales se legitiman alguna vez por su obra civilizadora: los Romanos civilizaron las Galias y la España antes de llevarlas su propia decadencia. Pero de los Españoles ni aun eso se puede decir; arruinaban los países que conquistaban. Que se compare el brillante destino de las Provincias-Unidas que se sustrajeron al yugo de España con la suerte de los Países-Bajos católicos; es una comparación entre la vida y la muerte. La Bélgica debe á la dominación de la Casa de Austria el embrutecimiento intelectual y moral que ha hecho de ella la Beccia de Europa por espacio de algunos siglos. ¿Qué hicieron los Españoles del reino de Nápoles, ese paraíso terrenal donde la naturaleza prodigó todos sus dones? Los Napolitanos deben á la dominación española la disolución de todos los vínculos sociales: convertido el Estado en una explotación horrible, los Italianos maldijeron del Estado y rompieron los lazos que les unían á la sociedad: se hicieron ladrones (1). ¿Qué hicieron los Españoles de Portugal? Allí su dominación fué más criminal que incapaz: uno de los ministros más afamados de España se imaginó que el mejor medio de subyugar á los Portugueses era hacerlos pobres y extenuó sistemáticamente á una nación fiera y generosa, hasta que, llevada á la desesperación, rompió sus cadenas (a).

III.

La ambición de la monarquía universal, unida al fanatismo católico, arruinó á España, sin que sus reyes lograsen el objeto que perseguían. Felipe II fracasó como Carlos V había fracasado. El hijo del gran emperador ha sido juzgado mucho tiempo con excesiva severidad; se le ha llamado el demonio del Mediodía, y uno de los grandes historiadores

(1) RANKE, *Fugsten und Völker von Süd-Europa*, t. I, p. 480.
(a) El autor refiere todo lo malo que sabe de nuestra historia, pero calla lo bueno; y sobre todo, omit referir la parte que han tenido en nuestras desgracias los extranjeros y con especialidad los Franceses. Ellos influyeron tanto como la mala política y detestable gobierno de los Felipes para las sublevaciones de Portugal y de Cataluña. No ha sido acertada, por lo general, nuestra política; pero nuestros males han venido de fuera más que de dentro.—(N. del T.)

modernos, repitiendo ese estigma, añade que el rigor es un deber de humanidad cuando se trata de condenar la tiranía en la persona de un tirano (1). En otra parte hemos apreciado su política religiosa (2); con ella guarda estrecha alianza su ambición política. La unidad católica de que se hizo defensor ¿fué para el rey de España un fin ó un medio? Hay en su conducta para con los rebeldes de los Países-Bajos un fanatismo de una obstinación demasiado ciega, para que se le pueda calificar de hipocresía sistemática. Hay que admitir, por lo tanto, que fué de buena fe el campeón del catolicismo, lo cual basta para rechazar el estigma que la historia ha lanzado sobre él. Si fué pérfido y cruel en nombre de la religión católica, á ésta es á la que hay que acusar, á la religión tal como se la comprendía en el siglo XVI. En sus más negras acciones tuvo por cómplices hombres de Iglesia, alguna vez á los jefes de la cristiandad, á los que se llaman vicarios de Dios. Se ha canonizado á Pío V: ¿por qué enviar á los infiernos á Felipe II? Nuestra comparación se limita á la vida pública; no es nuestro ánimo parangonar el marido adúltero y el pontífice que practicaba todas las virtudes de un monje.

Si Felipe II ha sido el defensor sincero del catolicismo, ¿por qué pesa sobre su memoria la maldición, mientras que por la misma causa son celebrados como héroes Carlo-Magno y los Othones? Es porque en la Edad Media, el catolicismo era la condición esencial de la civilización, mientras que después de la Reforma el catolicismo ha servido de obstáculo y de trabas á la civilización. Los emperadores cristianos eran hombres del porvenir; Felipe II era un hombre del pasado: hé ahí por qué la humanidad le repudia. Sin embargo, aquel pasado que el rey de España quería reconstituir aún tenía entonces su razón de ser, toda vez que la Reforma no había logrado vencerle. Dejemos á Felipe II la gloria de haber unido su nombre á la reacción católica; que si fué harto pequeño para comprender lo que en ella había de legítimo, por lo ménos la prestó ciega devoción.

(1) J. VON MULLER, *der Fürsten-Bund*, c. X (t. XXIV, p. 52)
(2) Véase la parte nove. a de mis *Estudios*.

CAPÍTULO IV.

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS Y LA PAZ DE WESTFALIA

§ I.—El objeto de la lucha.

Hemos dicho en otra parte que la terrible lucha que ensangrentó la Alemania por espacio de treinta años fué religiosa en su origen, pero que en ella se mezclaron intereses políticos que fueron adquiriendo mayor importancia á medida que las hostilidades se prolongaron (1). Bajo este punto de vista debemos colocarnos para apreciar la misión de esa horrible guerra y el papel que en ella desempeñaron las partes beligerantes. El fin providencial fué asegurar la libertad religiosa en Europa, dándole garantías en la patria misma de la Reforma. La paz de Augsburgo no llegó á consignar esas garantías; arrancada á la Casa de Austria, más que libremente consentida por ésta, fué aquella paz una tregua y no una verdadera paz. La Iglesia no renunció á la esperanza de recuperar, aun cuando fuese por la fuerza, el terreno que había perdido. Una poderosa milicia, los jesuitas, organizó la reacción católica en toda la cristiandad; é influyendo en los ánimos por medio de la educación, se apoderaron de las generaciones nacientes:

ese lento trabajo no satisfizo su ardor, sino que excitaron la violencia, en unas partes por medio de conjuraciones, en otras por la guerra civil; fracasaron en Francia y en Inglaterra, pero en Alemania sus progresos amenazaron la existencia misma del protestantismo.

Los jesuitas encontraron un príncipe que parecía nacido para ponerse á la cabeza de la reacción católica: fué Fernando, el jefe de la Casa de Austria. En vano se ha dicho que los designios de Fernando no eran tan colosales, y que no pensaba en destruir la Reforma, sino en salvar el catolicismo. Los que creen en la moderación del partido católico no conocen el poder del principio religioso que constituye su fuerza. El catolicismo va fatalmente impelido á la dominación, porque es propio de su esencia la universalidad y se cree llamado por Dios mismo para imponer sus creencias al mundo entero. Por eso, cuando se produce una herejía en su seno debe extirparla; y sus anales atestiguan que no retrocede ante ningún medio para conseguir el fin que persigue. Si Fernando hubiese quedado victorioso, el principio le hubiese

(1) Véase la parte novena de mis *Estudios*.